

Sonia Gojman de Millán.

Las manifestaciones oníricas han sido objeto de interés para el psicoanálisis desde sus inicios. Distintas perspectivas matizan y alteran muy significativamente la interpretación que se les da.¹

Los supuestos teóricos Freudianos de que lo más trascendente para el bienestar psíquico es que se logre el desarrollo de la libido, alcanzar y resolver la fase genital o edípica, y, en el proceso volcar la agresividad, las pulsiones destructivas hacia afuera (como única forma de evitar que se tornen en contra de uno mismo o autodestructivas), conciben al individuo, sus actos, sueños y síntomas, de modo muy distinto a como se los aborda desde los planteamientos posteriores como los de Erich Fromm, que toman como algo fundamental y para ser tomado en cuenta desde el principio al hecho de que establecer vínculos afectivos en el propio ámbito social implica desplegar patrones fundamentales de supervivencia, independientemente de que en éste se otorguen condiciones favorables o desfavorables al propio desarrollo; que éstas matizan de modo significativo el proceso de maduración y tanto como las propias tendencias. Se vislumbra en este planteamiento la trascendencia y la interacción de ambos elementos y no sólo las del conflicto intrapsíquico.

Apoyándose en los descubrimientos acerca del inconsciente de Sigmund Freud, Fromm cuestionó que lo planteado en esa teoría psicoanalítica ortodoxa, que partía del examen clínico de personas de un sistema social específico, fuera aplicable a individuos de otras



culturas. La teoría social de Carlos Marx le sirvió, desde 1932, como marco de referencia y con ella, considerando a la sociedad de dinámica, estableció su teoría acerca del "Carácter Social": el modo relativamente permanente de asimilación y socialización en que los sujetos canalizan sus energías, sus pasiones y tendencias para poder funcionar dentro de un sistema social específico; sistema que a su vez está determinado y limitado por las fuerzas productivas que lo mueven. Las personas son moldeadas durante su desarrollo en base a la solución de lo que su sociedad requiere: piensan y desean hacer lo que ese sistema social necesita. Los rasgos de carácter compartidos por quienes pertenecen a un sistema específico (o incluso a una capa u otra dentro del mismo sistema) los lleva a creer que su ideología y sus costumbres son LO ADECUADO, lo correcto, lo razonable; están convencidos de ser los más desarrollados y aunque lo hagan con la mejor intención, tienden a negar la validez de otros planteamientos, otras formas de vivir o experimentar los hechos, pues resultan inconcebibles dentro de su medio o circunstancias.

Hablar de salud mental no es nada más examinar síntomas específicos de los padecimientos existentes en nuestra sociedad.

Implica también reconocer que la "normalidad" y el criterio de uniformidad que conlleva debe ser objeto de atención y cuestionamiento en base a lo que puede producir de felicidad y bienestar a las personas mismas. Buena parte del desarrollo afectivo está finalizado, como lo ha demostrado muy sistemáticamente Bowlby, en la relación primaria o primera con la madre; entendiéndose como tal a la biológica y real, o a quien desempeñe su papel, estableciendo un vínculo emotivo con el niño en la primera infancia.



Las necesidades afectivas en relación al vínculo con la "madre" tienen tanta prioridad para la salud mental del niño como las biológicas para su supervivencia física. Así se aplica que en base a éste se realicen tan frecuentemente sacrificios cognitivos de gran trascendencia y que alteran a toda la estructura psíquica. Así se comprende desde la perspectiva sociopsicoanalítica que los hechos se repriman o distorsionen -y sin que el sujeto se dé cuenta- para permitir o facilitar la relación emotiva e impostergable con las figuras primarias.

La experiencia clínica nos lleva a establecer que no se pueden aceptar como pertinentes las interpretaciones o enfoques que no excluyen con detenimiento tanto a las experiencias subjetivas individuales como a las condiciones materiales características del medio social que las producen. La investigación psicoanalítica de las personas no puede ya circunscribir a la imaginación, llevando hasta el absurdo los planteamientos Freudianos al dedicarse a rastrear detrás de todas las imágenes y producciones mentales las elaboraciones "fantásticas e irreales", "secretos" en tanto que se refieren a cuestiones graves, traumáticas, de las que nadie quisiera tener conocimiento. Es así que se reprimen, se niegan e ignoran hasta donde es posible.²

No cabe duda de que a veces los sueños de los niños son realizaciones de deseos, como lo llegó a plantear Freud -desde que abandonó la teoría de la seducción paterna³- y lo son también muy frecuentemente los de los adultos. Sin embargo es innegable también que otras veces no lo son⁴; se presentan como intentos repetidos para solucionar conflictos a los que, durante la vigilia, no se ha vi



sualizado una salida; como un proceso interno de elaboración, como huellas de las distintas facetas del sentido pluridimensional que solemos dar a los acontecimientos y el procesamiento cargado de emoción con el que vamos elaborando la información. Es verdad, en los sueños y en los símbolos en general se condensan hechos que suelen parecer arbitrarios o desconectados entre sí, pero que implican la trama emocional que los vincula, la que los va ensartando hasta formar un conjunto, un todo que contiene un significado especial, una ubicación diferente, una forma peculiar, personal, de vislumbrar e integrar la experiencia.

Se presentarán a continuación algunas imágenes oníricas infantiles recabadas en un estudio sociopsicoanalítico⁵ y se intentará ilustrar lo que transmiten acerca del medio social en que viven los niños y los sentimientos que suele generarles. Se trata de sueños de niños entre los seis y doce años de edad, pertenecientes a dos muy distintos grupos sociales. Para uno de los grupos -hijos de familias de empresarios o funcionarios de muy alto nivel socioeconómico- lo común es vivir en la abundancia material, rodeados de personas que además de los padres -o en sustitución de éstos- los atienden, cuidan y sirven. Para los del otro grupo -hijos de obreros o trabajadores eventuales- la regla es ir por sí mismos resolviendo uno tras otro los problemas familiares cotidianos y participando activamente en los deberes de los adultos, ayudando a sus madres en los menesteres caseros y a sus padres en las distintas faenas.

Sueño I:

"Soñé que estaba en mi casa y mi abuelita me decía:

"Haz la tarea porque ya va a venir tu mamá y te va a





regañar". Después aparecía un señor que iba a tirar la casa porque estaba en su terreno. Yo le contesté que la casa era de mi abuelito. Le hablamos por teléfono a mi papá, porque mi abuelito está enfermo y no puede hacer casi nada; cuando llegaron mis papás, mi mamá le preguntó al señor que por qué estaba haciendo eso; decía el señor que el jefe de la policía lo autorizaba o que no sé que papeles traía; venían unas patrullas y otros señores fueron también a ver por qué estaban tirando nuestra casa; ¡yo tenía mucho miedo de que tumbara mi cuarto, cuando me despeté!".

Sueño II:

"Soñé que teníamos una nave espacial en mi casa; volábamos entre las nubes y nos encontrábamos con Dios. El nos decía que qué bueno que habíamos llegado para que lo cuidáramos y que le pidiéramos un deseo. Yo pedía poderes de magia y me los concedía. Le pedía entonces a un pozo que me diera un árbol de paletas y dulces. Todo estaba muy bonito. El paraíso era muy grande; tenía un paraíso para hombres, otro para mujeres y un cuarto especial para perros. Me gustaba mucho porque todos nos veíamos a diario y porque encontré otra vez a mi perrito que se nos murió".

Sueño III:

"Soñé que era grande, y trabajaba como ingeniero en



una fábrica. Un día llegué a mi trabajo, hice un experimento y me explotó en la cara; me hacían cirugía plástica, pero quedaba mal y al llegar a mi casa creyeron que yo era una persona que se hacía pasar por mí; pensaron que no era yo y me corrieron; entonces me fui a mi trabajo y gané mucho dinero y me volví a hacer la cirugía; esta vez, con todo el dinero que había juntado, me la hicieron bien y al llegar a mi casa ya me reconocieron; traía un carro bien lujoso, ¡ojalá que se me cumpla!".

Sueño IV:

"Tuve un sueño bien malo. Estábamos en un barco, yo y un amigo. Ibamos de cacería; cuando estábamos listos para bajar, aparecieron unos caníbales persiguiéndonos. Nos agarraban de las patas y nos comían. Después, en otra parte, veía que nos atacaban unos ladrones y echaban a mi mamá a los tiburones. Ibamos en un coche toda la familia, nos atacaban y nos llevaban a su guarida. Nos amarraban a todos y echaban a mi mamá al agua y los tiburones se la comían, y yo veía como salían los huesos flotando y mucha sangre, y me desperté sudando ¡fue horrible!... pero también tengo, a veces, sueños bonitos ¿eh? como el otro día que soñé que yo era un soldado. Estaba con mi uniforme y cada vez me subían y subían más de puesto. Cada vez estaba en uno más alto y más alto".

Los dos primeros sueños son los de las niñas. El del señor que viene a despojarlos de su casa mientras la abuela insiste en que es necesario hacer la tarea, sugiere entre otras cosas, la lucha entre dos mundos distintos. Representa un momento de cambio en el que la forma de vida tradicional de la familia se ve amenazada, a punto del derrumbe y que produce la sensación de impotencia y de desconcierto que la niña ve reflejada en los adultos; mientras las figuras de autoridad (abuela y madre) sostienen valores tradicionales (portarse bien, hacer la tarea, estudiar), es imposible dejar de darse cuenta de que la casa que los cubre no es ya muy segura, que esos valores no representan la estabilidad que hasta entonces se daba por sobreentendida. Para la niña ya no es factible permanecer ingenua ante el peligro; es obvio que existe -y que cada vez más manifestamente- otro tipo de fuerzas que se imponen sobre su grupo familiar; se introducen en el hogar y lo sacuden violando la intimidad de sus recintos. Esa innegable realidad del exterior es la que prevalece; la que amenaza lo personal, rompiendo de tajo la "inocencia" de las niñas guardadas a salvo de los asedios exteriores.

El sueño de esta niña resulta provocativo; delata no sólo su percepción acerca de la invalidez de los principios de antaño, sino que además denuncia que, aunque ella y las autoridades que la atienden desearían protegerla concediéndoles valor e importancia, esas autoridades mismas se encuentran a merced de los acontecimientos y se ven igualmente impotentes para defenderlos en los hechos, y por más que los continúen ilustrando verbalmente sin cesar.

La imagen puntualiza situaciones que afectan directa y abiertamente sus vidas, bruscamente y sin previo aviso. Abarcan su peque



ño mundo personal, poniendo de manifiesto a otro, uno moderno, enorme, complejo y burocrático; el de las grandes, enormes organizaciones que asecha, poco a poco, hasta incluir el último y más íntimo de los rincones. Las nuevas "autoridades" a las que se recurre en el sueño son autoridades anónimas (policías, papeles o jefes desconocidos) y están por encima de las que eran familiares, presentes, cercanas y únicas. Esas autoridades distantes son las que legitimarán lo que hasta entonces la soñante y su familia creían. Padres y abuelos se hunden impotentes y confusos frente al conflicto; la inseguridad y el temor a ser arrastrados resultan ineludibles. ¿Estarán de acuerdo con lo que parecía tan simple para ella, tan llano como que esa era una casa donde podía habitar y cumplir con las obligaciones infantiles—escolares y femenino—domésticas que la abuela propugna? ¿Estarán, por el contrario, atendiendo a los argumentos y exigencias de propiedad que sobre el terreno alega el intruso, el de los papeles que validaría el jefe de la policía, autorizando el despojo, el hecho de que puedan en efecto tirarle su cuarto y lanzarla a la calle, hacerla perder el recinto?.

El sueño de esta niña se refiere, en efecto, a un problema real y frecuente entre los habitantes de las colonias marginales dispersas en la periferia de la ciudad. Se da comúnmente en los predios que no logran aclarar sus papeles de propiedad y en los que son de hecho invadidos, en esa práctica que se ha convertido en una forma de apropiación a la que las familias pobres recurren. Muchas otras niñas en ese mismo medio nos han relatado sueños con escenas de abandono: se ven a sí mismas desprotegidas, en medio del bosque, a merced de los animales, las brujas, los diablos y los monstruos que imaginan; viven el miedo de encontrarse fuera del hogar, expuestas,



víctimas de escenas violentas en las que muy frecuentemente están involucrados sus padres: se ven así orilladas a la impotencia más absoluta, incluso a veces, hasta para pedir ayuda.

El segundo sueño, el de los encuentros con la divinidad y sus concesiones de magia entre paraíso y naves espaciales, habla, por el contrario, de la muy vasta posibilidad para desplazarse que es propia de la abundancia. Se refiere, de alguna manera, a una sensación íntima de aislamiento, a la necesidad de volver a entrar en contacto con lo tierno, con lo vivo -representado por el perro al que se encuentra y el que le otorga compañía-. Verse unos a otros y mantener contacto, aunque sea puramente visual, se constituye en un motivo de felicidad. El hecho se refiere a una carencia afectiva que tal vez se compense con estar cerca y recibiendo favores de la figura poderosa, del ser que otorga "dones" de manera fantástica; poderes contra-naturales, capaces de conseguir que ésta dé, no sólo frutas naturales, sino además golosinas bien elaboradas, dulces y paletas, con sólo saberlas pedir y sin que se requiera ya más el proceso involucrado en producirlas.

El camino más fácil al alcance, es el de resolverlo todo manteniendo en buenos términos la relación con el poderoso y en base a la dependencia del que todo lo rige. El es la figura que otorga la dicha, y por ser capaz de ejercer esa magia recibe gustoso y benevolente los cuidados y atenciones que le pueden ofrecer las niñas.

Aun entre paraíso y naves espaciales se repiten los esquemas, las divisiones necesarias, morales, patriarcales, en donde cada uno se ocupa de hacer lo suyo contando con un espacio separado para cada quien: uno para los hombres, otro para las mujeres y uno más,



aparte, para perros. La separación tan precisa, la organización exacta que prevé un lugar común y uniforme para cada uno, con que se cuenta para poder clasificarlos, es la base en que se apoya la mujer-niña para ubicarse a sí misma, para sentirse útil y bien acogida en el mundo del progreso, el de los aparatos, las naves espaciales y la alta tecnología a la que tiene acceso su familia.

Lo "femenino maternal", protector y listo para ofrecer cuidados que le permitieron durante tanto tiempo sentir la seguridad convencional que requería, todavía sigue siendo la alternativa fundamental, el salvo-conducto para sentirse bien acogida y satisfacer sus necesidades de calor y cercanía.

Se presentan en los sueños de las otras niñas de este grupo social gran cantidad de imágenes de amistad e intercambio muy cercano con seres sobrehumanos: Dios, La Virgen María, San José y Cristo y, cuando se llegan a presentar situaciones que les provocan angustia, terminan por encontrar, muy comúnmente, alguna salida. De una u otra forma, las figuras de autoridad se enteran y les ofrecen ayuda.

La niña del primer sueño (en el cual se derriba su casa) parece percibir los cambios del desarrollo acelerado de la industrialización masiva, como fuerzas amenazadoras a la que habría que resistir; como agentes externos que se le imponen y la expulsan de un ambiente propio y acogedor; acaban así con ese pequeño refugio familiar, el que otorgaba hasta entonces seguridad, calor, cierta tranquilidad.

Esas fuerzas extrañas abren y descubren a las miradas ajenas el sitio íntimo en que podía desplegar su vida de mujer tradicional



nal: casera, muy aislada. Sin embargo es a la vez la misma vida tradicional que le permite, no se puede negar, la posibilidad de cumplir personal y eficientemente con una función trascendente.

Función femenina ancestral, que la niña del segundo sueño, el de la bienvenida de Dios en el paraíso, se lleva consigo al espacio, al mundo del "progreso" al que se lanza venturosa y en el que, según ella, también es necesario "cuidar" de Dios, aunque él tenga todo perfectamente previsto y pueda gratificarla en todos sentidos. Ella espera, según parece, con ciego optimismo el devenir de un mundo al que imagina bajo el control del orden "correctamente" administrado. Inmensas en su propia postura de clase, las niñas de este segundo grupo no dejan de ver en algunas de sus imágenes oníricas, accidentes en los que se atropella a personas desvalidas. Los autos son ahí generalmente guiados por sus madres, padres o amigos y siempre acaban por producir las lamentaciones y reclamos de las víctimas, que no son, curiosamente, nunca de la familia, y a diferencia de las imágenes que se dan en ese sentido entre las niñas del grupo menos favorecido.

Los sueños de los varones resultan por otra parte también reveladores de contradicciones sociales insoslayables. El niño que se sueña a sí mismo grande y que como profesionista se accidenta y se recupera por medio de la cirugía plástica, es de una familia obrera. Se mira escalando las jerarquías sociales, desempeñándose como "ingeniero", haciendo experimentos en busca de soluciones nuevas para asuntos que se pueden salir de su control; en una especie de rito de ingreso o iniciación a la clase media, termina mutilado, deja en el transcurso de pertenecer a su familia. Se convierte, para ellos,



en un desconocido y quiere confiar en que obtendrá el rango y dinero suficientes para poder recuperarse de la sensación de extrañamiento con su medio. Nadie parece reconocerlo.

El sueño habla, muy claramente, de su ambivalencia, del deseo y el temor a escapar del grupo al que pertenece. Manifiesta sin ambages, su ambición y su necesidad de cobrarse las privaciones presentes con lo que desea y espera que venga después.

Las imágenes ilustran acerca de sus deseos de confrontarse, de medir sus fuerzas y salir victorioso, de avanzar socialmente para ser "importante"; de "trabajar" y "ganar mucho dinero", aunque tema y sepa a la vez, que terminará costándole la cara, su propia imagen, su sentido de identidad, respecto a lo que ha vivido.

Quisiera saltar las barreras que lo limitan dejando ser lo que él y los suyos han sido. Nadie (ni sus familiares más cercanos) sabe bien quién es, pero está convencido de que insistiendo, continuando en el empeño, perseverando en el esfuerzo por ascender cada vez más, llegará a alcanzar el nivel que le permitirá echar mano de las "soluciones" de la vida moderna en la que "todo se puede remediar con dinero". Hasta conseguir "expertos" para recobrar, de modo artificial, algo tan personal, único e irrepetible como son las propias facciones. Sustituye con dinero la sensibilidad, el afecto, la convivencia más cercana y la intimidad de quienes con los acontecimientos posteriores se definen como poco sólidos, pues están guiados por las apariencias, por esa especie de máscara engañosa y artificial que lo encubre y que no responde al centro mismo de su ser.

La ilusión y ambición de ingresar al mundo moderno lo llevan



a palpar la desesperación en aumento en que ha crecido; sentir la fuerza en la lucha por ascender y tener éxito le produce sentimientos de culpa que lo orillan a llevar a cabo autodestructivos, accidentes, derrotas que fungen, inconscientemente, de castigos, por el hecho de hacerlo.

Muchos de los sueños de los niños de este grupo reflejan impotencia, una pasividad angustiosa en la que proyectan las causas de desastre sobre diablos, calacas, monstruos, ladrones y asesinos; presencian y sufren junto con sus familiares, accidentes y pleitos que ilustran claramente la parálisis y las limitaciones en las que se sienten inmersos.

El sueño del niño del otro grupo (de muy alto nivel económico) habla desde el fondo mismo del terror. Es el de las escenas de los caníbales, que se lo comen a él y a su amigo; el de los ladrones que avientan a su madre a los tiburones y que concluye refiriéndose a otra imagen, ahora placentera, que nos da una clave, una explicación de lo que provoca parte de sus más graves temores: él en esa situación gozosa, es un soldado que asciende, alguien que es reconocido, para quien siempre existen puestos de más y más categoría. Será exitoso si cumple con las órdenes, las normas, la disciplinas; si obedece, si realiza misiones en las que lo principal es verse a sí mismo escalando peldaños, cumpliendo con los méritos, bien establecidos, dentro del terreno de control (militar): el del orden, los uniformes y los permisos.

Si intenta salirse, ser libre o estar por su propia cuenta, fuera de ahí, se topa indefectiblemente con lo desprevenido, no reglamentado, ni establecido. Las dos imágenes no militares que refiere



con todo detalle hablan de su necesidad de permanecer siempre atento, a la defensiva, frente a un medio que resulta peor que adverso, plagado de enemigos. Su visión del mundo es la del miedo, de la deshumanización llevada al extremo. Concibe a los hambrientos -las personas ajenas a su medio- como seres inhumanos y que, además, imponen una amenaza terrible: son simple y sencillamente entes capaces de acabar con todo lo que él es y ha sido. Salir de la ciudad-ejército-organización y jerarquía, de la civilización con sus adelantos y orden establecidos, es adentrarse en la selva, dispuestos a cazar, listos para matar. Empezar una expedición que a primera vista no parece peligrosa, pero que termina paradójicamente por poner en peligro sus propias vidas: los cazadores del sueño acaban destruidos, rodeados de odios y envidias, aprisionados por "canibales" que parecen fieras hambrientas capaces de devorarlos, muy semejantes a los tiburones que en la siguiente escena engullen a la madre del niño en un instante, y habiendo sido ésta ofrecida por los ladrones (personas que se apropian de lo que no les pertenece). Estos la convierten en carnada, en el alimento de sus tiburones, fieras criadas en el hambre que despliegan la voracidad que los define. Madre que por ser la más débil de todo el grupo familiar en ese mundo de pasiones destructivas se convierte en la víctima sobre la que se descargan las fuerzas de la agresión, la brutalidad llena de culpas que la mente del niño es capaz de producir y por la que se despierta sudoroso y lleno de angustia.

Brutalidad, violencia y agresividad que se le ahogan dentro y de las que escapa sometiéndose al orden, como soldado; para ascender, portar el uniforme, ocupar un puesto cada vez más alto y tener "éxito" en la vida.



Otros niños del grupo de alto nivel gan en sus sueños claras muestras de preocupación por la guerra, la destrucción atómica del mundo, las muertes, los derrumbes; experiencias graves de las que, al cabo de los acontecimientos, algo le permite escapar, salvarse solos o sobreponerse a las dificultades que los angustian; logran también a veces imponerse a ladrones y animales feroces, por sí mismos o contando con la ayuda de sus padres, de policías que los defienden, de carros que vuelan o talismanes que les otorgan poderes sobrehumanos y que utilizan en los momentos más desesperados y precisos.

Los productos de la imaginación, los sueños tanto como los juegos, fantasías, dibujos, canciones y figuras que elaboran los niños contienen huellas muy hondas acerca de las experiencias que ha vivido. Aunque las prácticas de vida se experimentan de manera individual, personal y única, suelen reflejar lo que es común o compartido en el medio sociocultural en que los individuos se desempeñan, las condiciones del sistema social que las produce.



BIBLIOGRAFIA

1. Veáanse por ejemplo "La interpretación de los Sueños" Amorrurto Editores, "El Lenguaje Olvidado" de Erich Fromm, Editorial Ha chette y "La Formación del Símbolo en el Niño" de Jean Piaget, FCE.
2. Las aportaciones clínicas de Bowlby y sus planteamientos en relación con la teoría y el procesamiento de la información resultan fundamentales; veáanse "La Separación Afectiva" y "La pérdida Afectiva", editados por Paidós y "On Knowing What you are not supposed to know and feeling what you are not supposed to feel" en Canadian Journal of Psuchiatry, vol. 24(1979). La forma en que se va dilucidando su origen durante el tratamiento en "Los sueños y la creatividad del inconsciente" de E. Zajur, en "Erich Fromm y el Psicoanálisis Humanista". S. Millán y S. Gojman, Compliadores, (Siglo XXI Editores) y en "Cuatro Neurosis en Busca de Argumento" A. Aramoni, Compilador (Siglo XXI Editores).
3. Vale la pena conocer un poco de la historia tan controvertida que llevó a Freud a esta solución en el relato de Masson en "In the Freud Archives" de Janet Malcolm.
4. Ver los ejemplos de crítica a la sociedad tecnificada que Fromm presenta en "Anatomía de la Destructividad Humana" (Siglo XXI Editores), capítulo XII.
5. Ver S. Fojman "Una Mentira Social. Niños de dos grupos socioeconómicos distintos con criterios morales diferentes" en Memoorias II (1980-81). Sociedad Psicoanalítica Mexicana.

